Bodas de Plata de la Cátedra de Flamencología

25
AÑOS
AL SERVICIO
DEL
FLAMENCO

PROMOVIDA por un grupo de escritores y artistas jóvenes, todos ellos vinculados por distintos conceptos al Centro Cultural Jerezano, nació, el 24 de septiembre de 1958, la Cátedra de Flamencología y Estudios Folklóricos Andaluces, si bien tal denominación no se generalizó hasta 1960.

Durante 25 años, la Cátedra de Flamencología de Jerez de la Frontera, ha venido desarrollando una estimable labor en relación al estudio, recuperación, investigación y difusión del flamenco. Sabemos que este trabajo no ha gozado de unánime aceptación y que, en torno a ella, se ha polemizado. En cualquiera de los casos, tras veinticinco años de andadura, la Cátedra sigue siendo una realidad viva y merece nuestro reconocimiento. Con este espíritu, reproducimos el Manifiesto que publicó el Centro Cultural Jerezano y que recoge la filosofía que inspiró a los promotores de la constitución de la Cátedra.

MANIFIESTO

Jerez de la Frontera, esta tierra generosa, antigua, vinatera y señorial, que es madre fecunda de un cante y un baile únicos, llenos de gracia, ángel y duende, cuyas genealogías misteriosas se desvanecen en las épocas más remotas, con ecos y expresiones sublimes que han sido heredados y conservados a través de siglos y generaciones, es base principal y capital indiscutible de los estilos llamados «jondos» o «flamencos» y ha aportado a la historia del arte andaluz los más célebres intérpretes de todos los tiempos.

En Jerez nacen siempre los artistas más grandiosos, los más geniales componentes de una escala, brillante y magnífica, de valores, que comienza en la figura patriarcal y taumatúrgica de Tío Luis el de la Juliana, el cataor más antiguo de que se tiene referencia, que vivió y cantó magistralmente sobre finales del siglo XVIII, y que fue preceptor del famoso Fillo, creador de la Caña, y de los jerezanos José Cantoral y Luis Jesús; que nos deslumbra con la voz ilustre del señor Manuel Molina, y las castizas de Tía Sarvaora, el Puli, la Serrana y Paco la Luz, su padre; Sebastián el Chato y el melodioso Carito; que nos emociona con las soleares terribles y poderosas del Loco Mateo y su hermana; nos deleita con el baile perfecto y juncal de Fernanda y Juana Antúnez, la Sordita, la Macarrona y la Malena; admirándonos con el talento artístico de Currito el de la Jeroma, Domingo Marín, Javier Molina y Perico el del Lunar; hasta llegar a Isabelita de Jerez, la Pompi, el Niño Gloria, Ramirito, Estampío, Rosa Durán y los grandes maestros del cante jerezano don Antonio Chacón y Manuel Torre, artífices insuperables de la emoción más pura y desbordada, donde la escala de talentos artísticos halla su punto más culminante y depurado.

Por todas estas razones, Jerez, que siente en lo más hondo de sus entrañas la pena y el gozo de lo inefable y lo lírico, contenido en la poesía popular, es consciente de la enorme importancia que encierra este arte sobrecogedor y maravilloso, donde Dios puso la gravedad natural y dramática de una raza milenaria.

Son muchos los intelectuales que, en todo tiempo, se han ocupado de investigar acerca de los auténticos orígenes del Cante Jondo o Flamenco, y todos están de acuerdo en afirmar que Jerez es ciudad privilegiada donde, al igual que el vino que le da fama, nace el mejor cante del mundo y se hace majestad y finura el baile más difícil y dramático. Y, consecuentemente, como ya hemos señalado, aquellos artistas que han venido manteniendo el prestigio de nuestro pueblo, dando a conocer, sin mixtificaciones, el tesoro musical del más noble patrimonio artístico.

Los investigadores encuentran en el Cante Jondo cuatro acusadas influencias. A saber: la árabe —quizás la más importante—, que se dejó notar en nuestra música popular a partir del año 711, fecha en que tiene lugar la histórica batalla del Guadalete, en las cercanías de Jerez; la ejercida por la música litúrgica bizantina, adoptada por la primitiva Iglesia Católica española, hasta el siglo onceno; la de los cantos sinagogales judíos, algunos de cuyos rasgos prevalecen aún en ciertas saetas y coplas de la Nochebuena de Jerez; y, finalmente, la de las melopeas de los gitanos, desde que nos las dieron a conocer a mediados del siglo XVIII, y más abiertamente en el XIX, una vez que fueron renunciando al nomadismo y decidieron asentar sus hogares en las ciudades de nuestra patria, especialmente en Jerez, que ha sido calificada por este hecho «sede del gitanismo español».

En el primer tercio del pasado siglo, es cuando los cantes y bailes flamencos comienzan a tomar una categoría hasta entonces desconocida, al adaptársele los toques de guitarra; sobre todo, cuando el jerezano Javier Molina utiliza por vez primera, en las interpretaciones a la guitarra, los diez dedos de las manos.

Lo flamenco sube al tablado del café «cantante» y llega a alcanzar su máximo esplendor, debido a la leal competencia y constante actuación de las más señeras figuras del género.

En 1918, se crea el primer espectáculo teatral dedicado totalmente al Flamenco y, varios años más tarde, comienza a decaer el Cante Jondo, hasta llegar a la total degeneración en que se encuentra actualmente, salvo contadas y honrosísimas excepciones.

También, en el transcurso de los años, los cantos y bailes folklóricos andaluces, no calificados de flamencos, han ido perdiendo el sitio de honor que siempre ocuparon en el honesto esparcimiento de las gentes de esta tierra, hasta llegar a desaparecer por completo de nuestra geografía; si bien existen organizaciones que, nos consta, hacen loables esfuerzos por incrustarlos de nuevo en el repertorio musical de las fiestas más enraizadas en el alma del pueblo.

Teniendo en cuenta la enorme trascendencia cultural que, musicalmente, tiene lo flamenco, y lo propiamente folklórico de esta hermosa región, el Centro Cultural Jerezano ha considerado oportuno crear una Sección de Flamencología y Estudios Folklóricos Andaluces, la cual, desde el inicio de sus actividades, se propone como principal objetivo salvar definitivamente de su olvido, y revalorizarla, toda esta riqueza que de modo tan lamentable hemos ido dejando desaparecer.

Para ello, el Centro Cultural Jerezano emprende una poética tarea, enfocada desde cinco puntos básicos, urgentes y necesarios.

a) RECOPILAR todo aquello que suponga materia documental valiosa.

b) INVESTIGAR tenazmente, hasta lograr averiguar las exactas raíces, influencias, giros, variantes, etc., de los cantos y bailes que componen el extraordinario acervo musical andaluz.

c) CONSERVAR cuantos datos, libros, partituras, fotografías, objetos de arte, discos y otras grabaciones puedan ser de interés en estos trabajos.

d) DEFENDER nuestra música popular de toda clase de impurezas y mixtificaciones, atacando valientemente todo injerto que pueda ponerla en peligro de una nueva e irremediable desaparición, y

e) DIVULGAR y exaltar, constantemente, por todos los medios a nuestro alcance, la verdad y la belleza de un arte sutil, que nos puede definir, tan cabalmente, a los ojos de aquellos que quieran penetrar en nuestros sentimientos y costumbres.

Para llevar a feliz término estos propósitos, el Centro Cultural Jerezano, a través de su Sección especial, cuenta con el decidido aliento y colaboración de todas aquellas personas que aman firmemente la tradición hermosísima de los cantos y bailes de Andalucía.

Jerez de la Frontera a veinticuatro de septiembre de mil novecientos cincuenta y ocho.—POR EL CENTRO CULTURAL JEREZANO: Manuel Pérez Celdrán y Juan de la Plata, Directores de la Sección de Flamencología y Estudios Folklóricos Andaluces.